

La doctrina del progreso cristiano se separa aquí profundamente de la teoría del progreso panteísta: la una exige la expansión libre del amor que hay en el hombre, es decir, el reinado de la concupiscencia; y por este libre curso de la fuerza desordenada y retrógrada llega á la consumación del desorden y de la decadencia: la otra exige la reacción voluntaria contra el amor desordenado, y por esta lucha contra la fuerza retrógrada llega á la restauración del orden y á la consumación del progreso.

Así, como veis, la verdadera fórmula del progreso moral sale naturalmente de las profundidades del cristianismo y de las profundidades de la humanidad, iluminándose recíprocamente con mutuas claridades. Ya sabemos desde ahora, para no olvidarlo jamás, donde está el secreto del progreso moral, condición y garantía de todos los otros. Él consiste en los esfuerzos del hombre para vencer la concupiscencia, y poner otra vez en el orden su amor; porque el progreso moral, como hemos dicho, es la marcha en la virtud; y la virtud, ¿qué es? Agustín os responde con esta definición sublime digna de su corazón y de su talento: la virtud es el orden en el amor, *virtus est ordo amoris*: la virtud es la fuerza, pero la fuerza animosa y libre, que vuelve otra vez el amor, y con él á todo el hombre, hácia su centro divino; y así le hace subir, buscando el infinito hácia la cumbre gloriosa del verdadero progreso humano.

Y sino, ved al hombre ó al pueblo, que por medio de una reacción generosa contra la concupiscencia ha restablecido el orden en su amor. ¡O espectáculo digno de la ambición de los hombres y de las miradas de Dios! el corazón está vuelto en toda su integridad hácia el infinito, al qué busca y aspira: los afectos se elevan de él como un vapor de incienso que glorifica á Dios y llena de fragancia á los hombres cuando se desvanece. El poeta ha dicho: *Dios ha dado al hombre una cara sublime y que mira al cielo*. Pero ved otra cosa mucho mas preciosa: el hombre con su valor se ha recompuesto un corazón elevado, que aspira á Dios y busca el infinito. El sacrificio de sí mismo, la abnegación, el heroísmo; la pureza, la fraternidad, la caridad se elevan de él como sus naturales aspiraciones. En una palabra, todo ese amor, que es el fondo y el movimiento de la vida, sube, y todo lo que hay en el hombre se eleva, arrastrado en su movimiento; y no vuelve á bajar á la

tierra sino del modo con qué bajan las aguas atraídas por el sol, para derramarse en una lluvia suave ó en un fecundo rocío.

Tal es el hombre que ha vencido la concupiscencia. Suponed que ese hombre sea un pueblo, y desde entónces imaginad lo que será, en el punto de vista en qué nos hallamos, una sociedad, en la cual cada uno tiene un corazón vuelto de esta manera hácia Dios, y un amor que sube hácia él; una sociedad, repito, en la cual todo parece gritar con la voz de los hombres y con la voz de las cosas: *sursum corda!*

¡Ah! en esas elevaciones y en esos vuelos del amor vuelto otra vez hácia su centro, ¡como se eleva la ciencia, como se elevan las artes, como se eleva la literatura, como se eleva la materia misma y parece asociada al movimiento del espíritu! La concupiscencia está vencida, todos los corazones van hácia arriba, todos los amores suben á Dios: y ese *sursum corda* del hombre y de la sociedad es el hombre y la sociedad que se elevan, es el progreso moral, y con él y por él el verdadero progreso humano.

Por el contrario, si es la concupiscencia la que ha vencido, si ella ha vencido en un hombre y en un pueblo, ¿que será de ese hombre y de ese pueblo?

¿No veis á aquel jóven, en quien sobreabunda con el tesoro de amor la savia de la vida? ¿en qué vendrá á parar? ¿y por qué caminos va á tomar su carrera? ¿será por la vía del progreso? ¿será por la vía de la decadencia? quien sabe! El titubea un momento: Dios le hace señas, y los hombres le llaman: la conciencia le solicita, y la concupiscencia le ataca: el cielo le atrae, y la tierra se lo vuelve á llevar: el uno le grita: *sube*; la otra le grita: *baja!* ¿Qué es lo que va á hacer? Para subir se necesita valor; para bajar es bastante ser cobarde, y él lo es! Y en tal caso, ¿qué sucede? La concupiscencia ha triunfado, la atracción terrestre ha vencido la atracción celestial: el amor se ha vuelto hácia abajo. Él podía ser un ángel. ¡Ved en lo que ha venido á parar! Como Satanás precipitado de lo alto del cielo va rodando de caída en caída: en una carrera descendiente se aparta de su centro sublime y divino; y cuanto mas descende, tanto mas siente aumentarse sobre él la gravitación errónea que le arrastra á todos los desórdenes, y por todos los desórdenes á todas las degradaciones: semejante á un hombre que, rodando sobre una pendiente rápida y escabrosa, se hace pedazos al tocar todo lo que en-

cuentra, dejando algo de lo suyo en las peñas, en los espinos, y en todo lo que se rompe debajo de él. Y en el término de sus caídas, en el bajío adonde ha ido á parar rodando, jadeando y lleno de heridas, encontraréis aquel amor precipitado, que no conserva siquiera bastante pudor para ruborizarse de su deshonra, ni bastante grandeza para medir con la vista la altura de sus caídas.

Tal es el hombre, cuyo corazón lo ha pervertido la concupiscencia, es decir, vuelto el amor en el sentido opuesto al verdadero destino.

Pues bien, en el lugar de un hombre poned un pueblo. Suponed que en una sociedad todos los amores, sacados de una vez de su centro común, entren todos juntos en ese movimiento retrógrado que atrae hácia abajo á los hombres y las cosas: de esa universal perversion, ¿qué costumbres van á salir? Y del fondo de esas costumbres, ¿qué degradaciones, qué orgullos, qué voluptuosidades, que codicias van á encontrarse y fortificarse mutuamente para acelerar las decadencias, cuando no sea para consumir la ruina de esos pueblos corrompidos! Orgullos capaces de trastornar todos los gobiernos para reinar; codicias, capaces de despojar reinos para saciarse; voluptuosidades y sensualismos, capaces de matar naciones para gozar. Entónces se verifica aquella otra palabra de la Escritura: Ellos se han corrompido y se han hecho abominables en sus pasiones y en sus deseos: *Corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis*. Y este es el momento de exclamar con Séneca: *Las costumbres se han perdido, la maldad triunfa, la virtud desaparece, y los negocios humanos van en decadencia*.

III. Sí, los *negocios humanos* van en decadencia, ¿y por qué? Porque, como el pensamiento y el amor, la acción humana y social se equivoca también de camino, y se vuelve en un sentido opuesto á la marcha progresiva.

En medio de la perturbación que invade las inteligencias, y de la corrupción que inficiona los corazones, una inmensa necesidad de cambio se hace sentir y se manifiesta por todas partes. Al mismo tiempo que se saluda con alborozo la llegada del progreso, se perciben, al ver la marcha de las naciones, ciertos puntos de detención formidables, cuando no sean retrogradaciones que hacen temer la ruina.

Entónces empiezan á correr sistemas, los filósofos sueñan utopías

extrañas, y de todas partes acuden los reformadores, desplegando al mismo tiempo el estandarte de la reforma y el del progreso. Todos conocen efectivamente, que para romper el punto de detención del progreso, ó para detener las retrogradaciones palpables, hay algo que reformar, y en este punto nadie se engaña, pues el progreso no es en realidad otra cosa que una reforma legítima. Por lo que toca al hombre, progresar es reformarse cada día más, es hacerse otra vez semejante á su propio ideal, es reconquistar, día por día ó siglo por siglo, algo de su primitiva grandeza y de su hermosura original; en una palabra, es destruir en sí mismo más y más, por medio de esta reforma progresiva, los efectos de aquella prevaricación solidaria que fué la deformación y la caída de la humanidad.

Pero ved lo que ordinariamente sucede en estas horas de perturbación y de corrupción universal. Acordes los hombres sobre la necesidad de una *reforma*, se engañan en cuanto á su verdadero objeto: conformes sobre la urgencia de impedir la retrogradación, ó de destruir por sí mismos el punto de detención del progreso, se equivocan al indagar la causa de esa retrogradación y la naturaleza del punto de detención. Y así es que se presentan tentativas de reforma que todas adolecen de este error común: reformar superficies en vez de reformar el fondo: reformas singulares, que obtienen infaliblemente uno de estos dos sucesos: poner el remedio donde no está el mal, ó aumentar el mal con el remedio.

¿Y por qué sucede así?... ¡Ah! La razón, Señores, es bien sencilla, y es que ninguno de esos reformadores célebres piensa en atacar directamente el mal que detiene ó el mal que precipita, ninguno, en esos días de agitación, que producen los sistemas de los sabios y el clamor de los pueblos, piensa en levantar contra la *concupiscencia* el estandarte del valor y de la verdadera reforma: ¡ninguno!... á no ser que sea el hombre del verdadero cristianismo, que ha adivinado en el fondo de esos misterios el enigma del progreso.

Aquí me abre la historia horizontes inmensos. Pero yo he prometido diferir para otro día la cuestión histórica; y del punto de vista en qué nos hallamos, me contento con mostraros algunos puntos culminantes. Vosotros veis, que en todas partes se cumple esta ley invariable: los puntos de detención del progreso y las marchas retrógradas reconocen

una misma causa, que es el desarreglo de las costumbres; y este desarreglo de las costumbres un mismo origen, esto es, el desenfreno de la *concupiscencia*. Las reformas que la atacan, son progresivas; las reformas que no la atacan, ó que conspiran con ella, son retrógradas.

Cuando el cristianismo apareció sobre la tierra, un malestar inmenso clamaba por la reforma, ó mas bien por la transformacion del mundo. Roma, dueña del universo á la sazón, sentía que hasta ella se doblegaba bajo un peso que la hacía propender á la decadencia, y anunciaba el Bajo Imperio. Evidentemente, para salvar á Roma, y con ella el mundo que ella arrastraba en su caída, era indispensable una reforma. Pero ¿qué reforma? ¿qué es lo que le faltaba? No le faltaban las letras, que se hallaban entónces en un estado de brillantez que los siglos no han podido deslucir. No le faltaban las artes, puesto que la victoria había hecho de Roma el gran museo del universo. No le faltaban las leyes: su legislación era la obra maestra de la sabiduría humana. No le faltaban las riquezas: Roma era rica, y rica de la riqueza de las naciones. No le faltaba el desarrollo material: el Romano construía con su gran talento caminos, acueductos, arcos de triunfo, palacios, que arrostran los siglos, y llevan el sello de su majestad. Él había descubierto secretos para gozar, que nuestro siglo no ha podido todavía hallar; y daba festines, que á pesar de todos nuestros esfuerzos de sibirismo, no hemos podido nosotros igualar! ¿Qué faltaba pues á Roma, sabia, literata, civilizada, artista, rica, poderosa y absorta en deleites? Una sola cosa: le faltaban *virtudes*... Jamás la concupiscencia, la verdadera prostituta del Apocalipsis, había obtenido un imperio tan prodigioso: jamás el sensualismo, el orgullo y la avaricia habían tomado en la humanidad proporciones mas espantosas.

Nada podía curar aquella sociedad enferma: nada podía preservar de la ruina este mundo, que en todas partes tenía el germen de la muerte; nada, excepto una reaccion impensada, sobrehumana y verdaderamente divina, contra el mal que devoraba la humanidad. Tal fué el golpe divino del cristianismo: él levantó sobre el mundo con el estandarte del Calvario el verdadero estandarte de la reforma. Él atacó el orgullo con la humildad, la codicia con la pobreza, el sensualismo con la mortificación: en una palabra, él opuso á la concupiscencia, que precipitaba todas las decadencias, la santidad que iba á promover

todos los progresos!... Y sin que la ciencia se hubiese ocupado de ello, sin que las artes hubiesen puesto la mano, sin que la riqueza hubiese prestado su auxilio, sin que el poder lo hubiese siquiera reparado, el mundo se halló repuesto en este camino real, en el cual sube otra vez con Jesucristo, hará luego dos mil años. La retrogradacion había cesado en los pueblos asociados á este nuevo movimiento: el punto de parada se había retirado, dejando pasar el cristianismo que se llevaba en sus brazos la humanidad trasformada y verdaderamente progresiva.

Así la reforma, mejor diría, la trasformacion cristiana, ha tenido buen suceso para el progreso del mundo, y lo ha tenido divinamente; porque solo ella, junto con el conocimiento del mal, ha tenido el valor de atacarlo y el poder de vencerlo.

Después de quince siglos de cristianismo, cuyas fases diversas se resumían, en su conjunto, en un progreso inmenso, se manifestó en el seno de la sociedad cristiana una nueva necesidad de mudanza. Se presentaron unos hombres, que echaron en medio de las masas esta palabra llena de poder y de magia: *Reforma!* y atacando lo que había de mas elevado en esa sociedad tan grande, protestaron contra la Religion y dijeron: *Reforma religiosa*. Y esta palabra alborotó á lo léjos á las naciones europeas, lo mismo que un viento borrascoso las olas del mar.

¿Qué había en aquel tiempo para dar á la reforma un resorte tan poderoso? ¿Teníamos por ventura necesidad de reformarnos? Y en tal caso ¿qué reforma nos convenía?

Señores, yo me apresuro á declararlo bien alto: sí, nosotros teníamos necesidad de reformarnos. Aquella época, en la que se vieron tantos santos, estaba atacada en su conjunto de un mal profundo: la concupiscencia reinaba sobre masas corrompidas; la energía moral de la edad media se había hundido, y con esta decadencia todo se halló comprometido. El fuego de la rebelion debía pegarse por sí mismo en aquella mina preparada por la depravacion de los siglos. Lutero lo comprendió, y se aprovechó de ello para extraviar las naciones. A este fin se presentó diciendo, que nuestro dogma se hallaba corrompido por la supersticion de los siglos. Con una predicacion religiosamente revolucionaria burló la necesidad de reforma que aquejaba á los pueblos. Convenía que nos diese virtudes, y emprendió cercenarnos verdades. Necesitábamos reformarnos *moralmente*, y él hizo creer que teníamos

necesidad de reformarnos *dogmáticamente*. Este fué su engaño, su habilidad; y este fué también su suceso. El triunfo del protestantismo no fué mas que una brecha abierta por un error al través de la débil muralla de las almas corrompidas.

Pero ese triunfo del error preparó á la verdad un triunfo de mas. Una sola reforma era necesaria, y se verificó en el seno mismo del catolicismo. La santidad cristiana volvió á parecer luego con un nuevo esplendor. La depravacion de las costumbres nos habia precipitado; la restauracion de las costumbres nos volvió á levantar: y el siglo décimo séptimo, que salió de aquella regeneracion moral, brilló en nuestra historia con un resplandor inaudito.

La pretendida reforma no habia olvidado sino una cosa, y era reformarse á sí misma: el veneno de la corrupcion moral se habia derramado por el alma de sus fundadores hasta las venas de la misma reforma; y así es que se llevó en gran parte la lepra que nos devoraba, y la vida nos quedó purificada por una tempestad.

Así pues el protestantismo no fué en sí mismo ni una reforma ni un progreso; ni podía serlo. ¿Por qué? porque en lugar de resistir á la concupiscencia, la aumentó y la desarrolló en las generaciones reunidas á su bandera. ¿Que hizo Lutero contra el orgullo? Nada. ¿Contra la codicia? Nada. ¿Contra el sensualismo? Nada. ¿Qué hizo Lutero á favor de esas tres concupiscencias? Todo lo que pudo hacer. Dió á la *codicia* de los príncipes y de los pueblos los bienes de los pobres y los despojos de los monasterios: dió al *sensualismo* la supresion de la abstinencia, del ayuno, del celibato sacerdotal y de los votos de castidad: y quitó al *orgullo* la humillacion de la confesion, y le echó como un alimento sagrado el libre exámen de la Escritura.

Así el protestantismo de Lutero multiplicó, en vez de destruir la fuerza retrógrada. Y si despues ha marchado el progreso, ha sido independientemente de él, y á pesar de él.

Mas tarde una nueva necesidad de reforma se hizo sentir en nuestra sociedad. La grandeza de la Francia habia parecido hundirse con su gran rey: el siglo décimoctavo salía del décimo séptimo, y (es preciso confesarlo, puesto que lo atestigua la historia) aparecía como un eclipse despues del resplandor, y como una decadencia despues de un progreso.

Por esto, como sucede siempre en las épocas de decadencia, un nuevo malestar habia vuelto á invadir el mundo. Otra vez la palabra *Reforma* fué echada en medio de los pueblos. Esta vez se pedian todas las reformas: reforma judicial, administrativa, religiosa y filosófica. Pero una palabra resonaba mas fuerte que todas las otras: *Reforma política!*

¿Qué habia de legítimo en el fondo de esas aspiraciones? ¿Qué faltaba á la política de aquellos tiempos para hacer en su parte relativa pueblos progresivos? Teníamos necesidad de reformarnos políticamente? ¿Qué reforma nos convenia? Señores, yo no soy llamado para resolver estas cuestiones: pero lo que puedo decir muy bien delante de todos, colocándome sobre la esfera de las opiniones que dividen el mundo en esta materia, es que en aquel tiempo, si estábamos amenazados de perecer, no moriamos enteramente de nuestro mal político, sino de nuestro mal moral. Si habia en el orden de las cosas secundarias reformas útiles, no habia reforma verdaderamente necesaria sino la reforma de nuestras *costumbres*. La concupiscencia, volviendo á tomar el imperio del mundo, devoraba nuestras virtudes. El orgullo empujaba los pueblos hácia un ideal de independencia absoluta: la codicia soñaba especulaciones fabulosas; y excesos sensuales, que serán siempre famosos, habian tenido sobre las costumbres públicas un ascendiente desastroso. De lo mas alto á lo mas bajo las almas caminaban á la corrupcion, y la sociedad tenia propension á la decadencia.

Dicen que en aquel tiempo, un hombre colocado en lo alto de este púlpito vislumbró de mucho ántes los negros horizontes en los que se amontonaban las tempestades; y que extendiendo un día la mano delante de su auditorio conmovido, dijo señalando ese altar: «Un día veréis vosotros allí, en lugar de Dios, á la impúdica Vénus recibiendo la adoracion de los pueblos.» ¿Qué habia entrevisto?... La concupiscencia personificada en una mujer, siendo la divinidad de una sociedad sin Dios.

¡Ah! ¡era una profecía! Para atajar entónces las avenidas de las tres concupiscencias, cuyas olas crecientes inundaban cada día mas la tierra, hubiera sido necesario un gran milagro en el orden moral, es decir, una trasformacion repentina de las costumbres generales. El milagro no se hizo: Dios nos purificó por medio de la tempestad,

como lo hace en el Océano, y le plugo esta vez proclamar con repetidos rayos la ley del progreso humano en el seno de una sociedad que perecía por no tener virtudes, y se hundía en la corrupción.

Yo podría muy bien detenerme después de estos dos ejemplos: pero en esta revista rápida de los puntos de parada del progreso humano, ¿puedo acaso dejar de decir algo relativo á nuestros días, llenos de un malestar profundo y de aspiraciones ardientes? Hoy en día la palabra de reforma ha pasado por tercera vez por los aires como un viento de borrasca; esta vez las voces dicen: *Reforma social*. Se ha protestado contra la Religión, se ha protestado contra la política; hoy se protesta contra la sociedad. El socialismo, que por la primera vez nombro en esta predicación, y que de cinco años acá está haciendo mucho ruido en el seno ardiente de las cuestiones sociales; el socialismo es, en su verdadero sentido, una protesta contra las sociedades: en otros términos, es un *protestantismo social*. Y sobre su bandera, sea el que fuere su color, hay esta palabra llena de amenazas: *¡Reformar la sociedad!*...

Señores, aceptemos lo que puede haber de verdad en el fondo de estas nuevas aspiraciones: ya que la sociedad, lo mismo que el hombre, va tras un ideal, al que puede siempre acercarse más y más, trabajemos, sí, en reformar la sociedad. Pero si no obtenemos esta reforma, legítima y verdaderamente progresiva, ¿cual pensais será la causa? ¿Será por ventura la falta de cultura científica? ¿Cuántos sabios en nuestra sociedad moderna! ¿Será acaso la falta de cultura en las artes ó en las letras? ¿Cuántos literatos y artistas en nuestra sociedad moderna!... ¿Será tal vez la falta de nuestras leyes y de nuestras constituciones? ¿Cuántas legislaciones y constituciones en nuestro mundo moderno!... ¿Será, por fin, la falta de perfección material y de progreso industrial? Señores, el ruido de vuestras máquinas y el retumbo de vuestras invenciones me dispensan de responder.

¿Qué es, pues, lo que impedirá la verdadera reforma social, caso que no pueda tener lugar? ¿Qué es lo que será aun aquí el punto de parada ó la causa de retrogradación? Una sola y una misma cosa, la corrupción de nuestras costumbres por el imperio de *la concupiscencia*.

¡Ah! si como á ese hombre de Dios el cielo me mostrase sobre un

altar la concupiscencia recibiendo nuestras adoraciones en lo venidero, yo también os anunciaría desgracias y todavía desgracias: yo os mostraría todos los progresos que vendrían á destruirse á los piés de ese ídolo, y todas las decadencias tomando origen en el fondo de su santuario. Pero, si Dios no me da ninguna prevision absoluta de lo que debe sucederos, me da previsiones hipotéticas, y así os digo: Si vosotros no reformais vuestras costumbres, si no echais por tierra en vuestras almas el reinado de la concupiscencia, es decir, el reinado de la *sensualidad*, de la *avaricia*, y del *orgullo*, la reforma social no se verificará: todas nuestras tentativas de progreso no producirán más que decadencias, cuando no catástrofes. Ved sino la China, (que del seno de su falsa civilización desdena y mira con desprecio á todos los pueblos del mundo), como hace llegar hasta nosotros, no obstante las cuatro mil leguas que nos separan de ella, el ruido de unos asesinatos, con los que la historia de Europa no ha visto aun manchar sus páginas! Reflexionemos sobre ellos: si nosotros no perfeccionamos nuestras costumbres reprimiendo la concupiscencia, nada podrá preservarnos de la decadencia, ni librarnos de la barbarie. Aunque pudiéramos defendernos siempre contra el extranjero, no podríamos defendernos contra nosotros mismos, y un día (quien sabe?) nos degollaríamos los unos á los otros en nuestras academias de ciencias, en nuestros ateneos literarios, en nuestros templos de las bellas artes y en nuestros palacios de la industria.

Pero lejos de nosotros esas previsiones: ya hemos visto el mal en su conjunto; lo veremos también en detal, y lo combatirémos. Yo levanto delante de todos vosotros, contra la *concupiscencia* que se apodera de nosotros y que nos amenaza con la barbarie, la bandera generosa de la reforma moral, que solo ella hace triunfar la verdadera civilización. ¡Ojalá pase victoriosa esta bandera sobre nuestro sensualismo, nuestra codicia y nuestro orgullo vencidos! Pluguiera al cielo, que el verdadero progreso pase con ella, guiando la sociedad moderna, con todas sus fuerzas y todas sus invenciones enderezadas á Dios, hácia sus verdaderos destinos!